



del Puñal

y revolucionario Pablo Neruda

protege de los zancudos, que no dan tregua. Apenas se acuesta, lo rodea el brazo de la birmana, y al mismo tiempo que siente el abrigo del gesto que lo ampara piensa en las amenazas proferidas por esa mujer que está a su lado, esa Josie que duerme allí, dócil, sumisa, pero que los celos exagerados suelen transformar en una fiera. Quizá tenga un cuchillo debajo de la almohada, tal vez intente envenenarlo con el té de la mañana; todo podría ocurrir, ella misma se lo ha dicho en uno de sus tantos ataques de ira: «De aquí no vas a poder escapar con vida».

Cuando Josie se ausenta de la casa, el poeta aprovecha para escribirle a su Albertina; aunque duda luego en enviarle la carta a esa mujer siempre distante que conoció en el Pedagógico. Fue con esa compañera de colegio que dejó los escarceos temerosos por una relación más intensa. Dadas las fechas de sus cartas, es fácil deducir que en Santiago vio a Albertina sin dejar de escribirle a Terusa, y que ambas motivaron pasajes de varios de sus libros, especialmente los Veinte Poemas. El flechazo con Albertina ocurrió en 1921, y el intercambio epistolar durará once años. En el principio comparten clases de francés, latín, gramática y sicología, hasta que el padre de Albertina Rosa resuelve enviarla a estudiar a Concepción. Desde distintos puntos de Chile, el poeta le escribe a mano con tinta azul, negra, roja, verde, ocre, agregando autorretratos, dibujos y planos de las pensiones que habita; en las cartas la llama Marisombra y Netocha, Mocosca y Arabella; también es la Rosaura del Memorial de Isla Negra. Las esquelas tienen un tono de charlas, de espontaneidad: le dice que cuando tenga una hija la llamará Manzana, le pide que le cuente su vida, le promete un caracol amarillo que cante como el mar, se lamenta de estar encerrado por la lluvia, le anuncia el envío de un retrato de Pola Negri

Siempre reservada, de manos blanquitas y rostro inmutable, Albertina recibe un alud de esquelas del poeta; si la sacuden las cartas, esa mujer de boina gris se guarda de demostrarlo. La relación lacónica tiene en el extremo opuesto de la muchacha silenciosa a aquel que desde distintos lugares del mundo no cesa en su demanda de noticias, palabras, algunas señales, tan luego un gesto. O acaso no se da cuenta ella de las penas del solitario que clama: «Qué soledad, ¡Dios mío! ¿Por qué mi madre me parió entre estas piedras?». ¿Acaso no la conmueven sus insomnios, sus pesadillas? Él alterna palabras dulces con reclamos ásperos: «con tu corazón seco, nada me dices» «tú me escribes apenas» «me estás echando al olvido». Puede que sea culpa del correo, que las cartas de ella se hayan extraviado, que estén traspapeladas, pero ¿dónde? Y de nuevo él: «¿Por qué callas así, tan obstinadamente?». «¿Por qué esa frialdad para todo, hasta para ti misma?»

Quiere que ella lo alcance en Rangún, desea tenerla cerca, le propone casamiento. Muy de vez en vez recibe algún retrato de su Albertina y unas pocas palabras. Se duele de que sea tan escueta. Le cuenta que un faquir le dijo que podía adivinarle el nombre de la mujer amada y en un trozo de papel le escribió «el querido nombre». Con el tiempo, su tono se torna dramático, habla de despedidas y de muertes, de cuánto le cuesta estar solo. Las muchas palabras de amor no pueden cimentar un puente, aunque él repita línea tras línea cuánto la quiere. Según Volodia Teitelboim, biógrafo del poeta chileno, Albertina habría suscitado estos versos: «Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos, / te pareces al mundo en su actitud de entrega. / Mi cuerpo de labriego salvaje te socaba / y hace saltar al hijo del fondo de la tierra».

Las calles estrechas son sacudidas por el paso de los elefantes, con mantas de colores vivos en el lomo; llevan la cabeza y la trompa enmascaradas. Los nativos acompañan con flautas y tambores. El elefante guía carga diez cofres de oro, uno de ellos guarda el diente de Buda. Neruda dice que por todos lados ve estatuas con «esa sonrisa de

suavísima piedra» y escucha de labios de un nativo la leyenda que sostiene que Buda fue engendrado por un elefante blanco. Inesperadamente, un elefante joven se aparta de la manada; parece incontrolable, los guías tratan de contener sus embestidas, está en celo. Cuando los elefantes se excitan sexualmente se les inflama una glándula de la cabeza, le explica Josie. Neruda y su birmana corren entre la multitud y se desencuentran. Cada uno vuelve por su lado a la casa. Cuando él traspasa la puerta, ella lo está esperando sentada en el piso con la cabeza oculta entre los brazos, disgustada, y más que eso, irritada, colérica; en el suelo está regada la ropa del poeta, sus libros de Whitman, Lawrence, Eliot; sus papeles de trabajo, los lápices, los sellos. Otro ataque de celos ha puesto fuera de sí a la birmana, que lo insulta con palabras desconocidas que suenan a hierros aflándose unos con otros. No entiende que finalmente él aprendió a amarla fuera ya de la nostalgia por una Terusa que se evapora y una Albertina que se niega. Pero Josie tiene celos de todo, del pasado y de lo que vaya a venir, también de esos cuadernos a los que él dedica tantas horas. Tiene celos de las cosas extrañas que gusta coleccionar, una piedra azul, un caracol, una vieja madera de barco, celos de la lluvia que lame los pasos, pero esa noche la furia la ha llevado más lejos, está de pie con una mano atrás, escondiendo un cuchillo indígena mientras sigue profiriendo amenazas. El poeta junta algunos de sus papeles, se refresca la cara y cierra los párpados tras el mosquitero; sabe que esa tela fina que detiene el paso de los zancudos no podrá detener el arrebato de su mujer, enajenada, vehemente, que ha decidido que sólo la muerte podrá unir definitivamente sus vidas. Cuando ella se queda profundamente dormida, Neruda se incorpora y con el máximo sigilo recoge algunas pertenencias y sale de la casa. Camina hasta el muelle bajo el incendio de un cielo que amanece. Se oye el motor de una embarcación a punto de partir hacia Colombo. Cuando pone un pie en el barco sabe que está partiendo para siempre del lugar y del corazón de Josie Bliss. Carga, en una bolsa, el borrador de Residencia en la tierra, y en la proa de la barcaza que cruza lentamente el golfo de Bengala escribe su tango. Ese extranjero atormentado ya es alguien, un viudo de sí mismo que ha perdido las cosas de la infancia, y que ha extraviado la infancia de las cosas. De pronto, sin aviso, como si el cielo hubiese recibido una atroz cuchillada, se descarga una lluvia torrencial.

